

La Familia: Semillero de Vocaciones

*Colaboración
P. Daniel Panduro Fragoso, mg
Pastoral Vocacional*

Recuerdo que en mi proceso vocacional se insistía mucho en las familias como Promotoras Vocacionales.

Eran las familias de nuestras comunidades parroquiales que se comprometían a pedir por las vocaciones y apoyaban en la colecta anual para el Seminario, además de apadrinar a un seminarista no sólo materialmente sino espiritualmente también. Desde mi llegada a Cuba, hace ya 11 años, me pregunto: ¿En Cuba se podría aportar esta iniciativa?

Sé que no es nada nuevo. Ya se han hecho algunos intentos pero, ¿por qué no perseverar y trabajar todos a que surjan más **Familias Promotoras de Vocaciones**?

Recuerdo la afirmación que se hacía de que aquellos llamados por Dios, deben su vocación en un noventa por ciento a sus padres. Por eso la familia es semillero de vocaciones.

Ya sabemos que la enseñanza medular del Concilio Vaticano Segundo es la llamada radical de todos a la santidad. Sin embargo, también sabemos que Dios llama a unos pocos escogidos, que deberían ser muchos, a seguirlo aún más íntimamente en una vida de celibato apostólico para el Reino de Dios, ya sea como sacerdote, religioso o laico. Una de las más grandes esperanzas de la familia católica debería ser tener uno o más de sus hijos escogidos de forma especial por Dios para su servicio. Tradicionalmente esto significa una vocación al sacerdocio diocesano o a una congregación religiosa.

En sentido concreto, nos referimos al sacerdocio, la vida religiosa o a uno de los varios movimientos e instituciones de laicos que les permite dedicarse totalmente a Dios, permaneciendo en medio del mundo.

Estas nuevas instituciones son altamente favorecidas por la Iglesia como medios de dedicación completa al apostolado.

En estos tiempos, es cada vez más reconocido que la vocación al celibato apostólico por el Reino de Dios, es también una opción viable para los laicos.

Por cierto, la Iglesia ha dejado bien claro su apoyo entusiasta a la necesidad y eficacia de vocaciones específicas a los varios movimientos e instituciones de la Iglesia orientados a los laicos.

No obstante, no es un secreto que, salvo unas pocas y notables excepciones en unas cuantas diócesis y congregaciones religiosas, las vocaciones han declinado considerablemente en los últimos 40 años.

A la vez se ha observado un alza constante pero no extraordinaria en todo el mundo durante el pontificado de Juan Pablo II. Existen una serie de razones sobre la declinación de vocaciones en Occidente.

Podríamos citar el uso de anticonceptivos que produce familias más pequeñas, la afluencia económica que resulta en un espíritu burgués con la consecuente falta de generosidad, la ausencia de catequesis, la confusión general en la Iglesia, la revolución sexual y la resultante pérdida de la inocencia que conlleva al cinismo y al hedonismo en los jóvenes donde deberían haber altos ideales.

El triste ejemplo de decenas de miles de parejas casadas y sacerdotes y religiosos que no han sido fieles a sus compromisos con Dios y la Iglesia, y sus compromisos mutuos.

Sin embargo, el ejemplo de santidad es una influencia mucho más poderosa en la juventud si han sido educados en un espíritu de apreciación de la santidad. Observemos el impacto de Juan Pablo II, la Madre Teresa, la nueva Doctora de la Iglesia, Santa Teresita de Lisieux y tantos otros.

Miremos los Días de la Juventud, celebrados en Czestochowa, Denver y París con millones de jóvenes unidos en oración, sacrificio y celo apostólico con el Santo Padre y la Iglesia.

La atmósfera familiar en la que surgen, se nutren y culminan las vocaciones, no difiere para nada de las que los padres que toman en serio su catolicismo crean para sus hijos en preparación de matrimonios santos y de su testimonio cristiano ante el mundo.

Los padres deberían formar a sus hijos con la visión puesta en un futuro, no distante, en el que ellos, a su vez, se casarán y tendrán sus propios hijos. Los preparan para convertirlos en adultos responsables y creyentes y en personas de familia que construirán la Iglesia, la sociedad y la cultura.

Los padres de familias católicas que desean producir vocaciones para la Iglesia, deben estar preparados para combatir la cultura actual a niveles heroicos, y como dice la ya muy tradicional frase cubana “No es fácil”, es decir, no resulta fácil.

Dicho en términos suaves, el mundo, en este momento, parece diseñado para desalentar a la gente, principalmente a los jóvenes, de ni tan siquiera pensar en una dedicación completa a Dios.

Pidamos para que la celebración de la Jornada Mundial de la Familia, celebrada en España dé frutos de familias más cristianas, que implica ser más comprometidos, más espirituales, menos materializadas y muy preocupadas por la necesidad URGENTE de ser Familias Promotoras Vocacionales, como un gran semillero de vida vocacional.

“Enhorabuena para todos”